

ducía en 67,40 por 100 y 31,50 por 100, los administradores aumentaban el 40,28 por 100 y 78,45 por 100. Otro ejemplo: en Estados Unidos, de 1953 a 1957, la cifra global de la Ayuda Americana al extranjero se ha reducido a su mitad, pero la plantilla de administración se ha doblado.

La «*Ley de la incompetencia*», dice: Un alto funcionario necesita multiplicar los subordinados, no rivales. Esto indica que los jefes sienten el mal de la soledad laboral y necesitan rodearse de numerosos subordinados para los cuales crearán luego trabajo, pero es condición precisa que estos subordinados no puedan ser posibles rivales. El jefe siente siempre alergia por la competencia y por ello la facilidad de convivencia está en relación inversa con la planimetría cerebral del subordinado. Si el jefe se rodea de numerosos auxiliares pronto forma un cuerpo en el cual es el número uno y esto es lo interesante. El tiempo que tarde en lograr el objetivo sólo depende de la cantidad de trabajo que sepa inventar para ellos.

La «*Ley de la trivia i i a a*» se formula así: «El tiempo que se invierte en las deliberaciones de los Consejos está en proporción inversa con la importancia del asunto». Dice Parkinson que se reúne un Consejo para tratar del orden del día, en el cual figuran, entre otros temas: A) La aprobación de los gastos para la construcción de un reactor atómico. B) La construcción de un cobertizo para las bicicletas de los empleados, y C) resolver sobre un refresco en las reuniones mensuales del Comité Asistencia Social.

El punto A) que representa un gasto de 10 millones de libras esterlinas pasa rápidamente sin discusión porque todos los asistentes tienen preocupación por demostrar con su conformidad, que son gente de amplia visión y no regatean medios cuando se trata de un proyecto grande. De los consejeros sólo dos saben, de verdad, lo que es un reactor atómico y para lo que sirve. Uno de ellos es hombre callado por naturaleza y no constituye problema. El otro podría decir muchas cosas, entre ellas que no le convence la cifra redonda de 10 millones de libras, ni el emplazamiento de la construcción, ni otras muchas cosas, pero no sabe por donde empezar y teme la nota discordante en una reunión en

la que nadie le va a explicar nada si pide aclaraciones ni van a entender sus objeciones y, en consecuencia, resuelve con un «no tengo nada que decir», con lo cual el asunto es aprobado.

El punto B) que trata del cobertizo para las bicicletas supone un gasto de 350 libras y ocupa cuarenta y cinco minutos porque todos saben lo que es una bicicleta y cada uno tiene sus ideas sobre los cobertizos. La discusión languidece cuando se llega a concretar si la cubierta va a ser de aluminio, cinc o uralita, porque aquí se acaban los conocimientos reales de los consejeros.

El punto C) el de los refrescos, en el que se contravierten 35 libras, se discute durante una hora, porque en esto sí que todos saben del asunto, tienen ideas concretas sobre el café, la mejor forma de prepararlo y el sitio donde lo venden más barato. Además aquí pueden demostrar que se ocupan activamente para que todo salga lo mejor posible y economizar. Como opinan todos y consumen varios turnos al cabo de sesenta minutos de polémica no se llega a solución concreta y resuelven aplazar el acuerdo hasta la próxima reunión para recoger más información sobre el tema.

La «*Ley de la ineficacia*» se refiere a que los Consejos sólo son realmente útiles cuando se componen de tres miembros, de los cuales uno está ausente y otro enfermo. Si intervienen más personalidades entonces entra en juego el coeficiente de ineficiencia, mediante el cual el consejero que carece de especialización y ha fracasado en su intento de dominar cualquiera de las cuestiones objeto de estudio, tiene grandes posibilidades de ser nombrado presidente. Como al extender los nombramientos, de lo que realmente se trata es de calmar a los grupos exteriores, sin tener en cuenta las condiciones de los nombrados, existe una gran preocupación de que la mayoría de los miembros sean bienquisitos por todos y aunque resulten sordos, ancianos, pesados o inaudibles, la finalidad se habrá logrado porque lo menos interesante es que puedan ser útiles.

La «*Ley de la desorganización*» se refiere a la administración pública. Parkinson dice la administración es un vivero de experiencias para concretar leyes económicas. Como no existe un conocimiento perfecto de los asuntos ni un gran interés en resolverlos, es fre-